

LOS ESTUDIOS ARCHIPELÁGICOS ESTADOUNIDENSES Y DEL CARIBE¹

Brian Russell Roberts
Michelle Stephens

A finales del siglo XIX e inicios del XX, un predicador blanco estadounidense y un pensador afroestadounidense idearon profecías convergentes en relación con las tendencias coloniales y poscoloniales racializadas que caracterizarían las relaciones planetarias en las décadas subsiguientes. En 1885, Josiah Strong (perteneciente a la Alianza Evangélica por Estados Unidos) predijo que “el mundo entrará en una nueva etapa de su historia, una competencia final entre las razas para la que se está preparando el anglosajón”. “Fortalecida en Estados Unidos”, afirmó Strong, “esta poderosa raza descenderá sobre [el] Centro y Sur América, se extenderá hacia las islas del mar hasta África y más allá” (Strong, 1885: 175). A menos de dos décadas de que Strong adelantara esta predicción, W.E.B. Du Bois ofreció una visión geográficamente similar del conflicto racial en su *Souls of Black Folk* de 1903. Al prologar una discusión sobre la guerra civil estadounidense y la reconstrucción, Du Bois escribió que “El problema del siglo XX es el problema de la barrera racial, la relación entre las razas de hombres más oscuras y más claras en Asia y África, en América y las islas del mar” (Du Bois, 1903: 15). Las visiones de estos hombres eran claramente antitéticas en términos de su política racial e imperial. Strong se enfocó en la expansión de la influencia de una raza sobre otras, mientras que Du Bois en las relaciones entre las razas, en el contexto —pero también más allá— del poderío imperial. En otros escritos, Du Bois sugeriría que, al igual que lo ocurrido en las colonias relacionadas con los imperios europeos, estos territorios donde Estados Unidos desplegaba la expansión colonial también podrían convertirse en sombras tenaces, difíciles de administrar y controlar. Independientemente de estas diferencias, Du Bois y Strong coincidieron en sus conceptualizaciones de los principales actores y geografías planetarias del siglo XX en las que los actores intervendrían. Sus visiones presagiaron acontecimientos que sucederían en varias regiones continentales,

¹ Artículo traducido por Nattie Golubov, de Brian Russell Roberts y Michelle Stephens (2013).

pero éstos también previeron los conflictos significativos en el espacio no-continental y no-regional, “las islas del mar”, un archipiélago transregional constituido por todas las islas diseminadas por los mares y océanos del mundo.

En general, las profecías de Du Bois y Strong resultaron certeras al predecir que el siglo XX se caracterizaría por el conflicto racial y poscolonial. Ambos estaban observando los acontecimientos de finales del siglo XIX que evolucionaron a partir de lo que Shu-mei Shih llama el “giro colonial” o “la globalización del pensamiento racial y el racismo”, que comenzó “en los albores del colonialismo occidental a finales del siglo XV” (Shih, 2008: 1349). Ubicado en la década de 1970, Michel Foucault caracterizó este devenir en términos políticos reminiscentes de Strong como el inicio de una “guerra racial” (Foucault, 2003: 65). Por su parte, Walter Dignolo describe este complejo geopolítico racializado en términos epistemológicos como generador de una diferencia colonial al interior de la modernidad, una diferencia que produce formas rivales de conocimiento a partir de la división del mundo en espacios “donde se ejerce la colonialidad del poder”, mientras se “lleva a cabo la restitución del conocimiento subalterno” (Dignolo, 2000: ix). Los comentarios de Du Bois y Strong retoman y presagian acontecimientos adicionales en la historia de la modernidad colonial cuando describen la situación del imperialismo y la guerra racial en el fin de siglo.

Las geografías planetarias sugeridas por sus comentarios son proféticas también en relación con el movimiento crítico contemporáneo que examina el imperialismo estadounidense que, para Donald Pease, es central en los “*American studies* [estudios sobre Estados Unidos] posexceptionalistas” (Pease, 2009: 19). Surgidos en el transcurso de las últimas dos décadas y minando el excepcionalismo de los *American studies* de la guerra fría, han orientado nuestra mirada hacia “el imperialismo estadounidense y las interdependencias globales de EU”; en otras palabras, hacia las aspiraciones y designios globales de Estados Unidos (Pease, 2009: 19).

Este enfoque ha dado origen a diferentes tipos de *American studies* posexceptionalistas que van desde lo transnacional hasta lo posnacional y desde lo hemisférico a lo planetario.

El foco que los nuevos *American studies* ha puesto en las culturas del imperialismo estadounidense ha suscitado una intensa atención crítica sobre un conjunto de islas incluido en la geografía transregional que Du Bois y Strong nombraron “las islas del mar”. En efecto, los casos insulares de la Corte

Suprema de Estados Unidos, así como los casos posteriores a la guerra hispano-estadounidense que calificaron a Puerto Rico como “foráneo... en un sentido doméstico” (Burnett y Marshall, 2001: 1), en muchos sentidos han sido paradigmáticos del imperialismo estadounidense y objeto de investigación constante por parte de estudiosos como Amy Kaplan (2002: 2, 4), Priscilla Wald (1995: 225), Ramón Soto-Crespo (2009: 59-60, 101-102), Nicole Waligora-Davis (2011: XIV, 94-104), entre muchos otros.

Para los *American studies* posexceptionalistas también han sido fundamentales los estudios académicos sobre otros destacamentos imperiales estadounidenses ubicados en las islas, incluyendo a Hawái, Cuba, Filipinas y Haití.² Pero, aunque los nuevos *American studies* ofrezcan apreciaciones cruciales acerca de las geografías culturales que con frecuencia ubican al espacio isleño como escenario, los *American studies* posexceptionalistas se han mostrado menos atentos a la materialidad de la isla-como-escenario y a los supuestos topográficos formales con los que se han abordado las islas histórica y críticamente.

Un panorama de esta desatención a las materialidades y estructuras formales del espacio isleño emerge de forma pronunciada si se hace un breve recorrido de las discusiones metodológicas posexceptionalistas que dependen de las valencias negativas del tropo de la insularidad, entendidas como el rasgo geoformal definitorio de la isla. Cuando el deshielo de la guerra fría mitigó la utilidad geopolítica de la tradición excepcionalista de los *American studies*, Giles Gunn, en su libro *The Culture of Criticism and the Criticism of Culture*, criticó los *American studies* previos cuando observó que gran parte del trabajo era “susceptible... a la insularidad intelectual e internacional” (Gunn, 1987: 151). Conforme se consolidaron los *American studies* posexceptionalistas, posteriormente, el ensayo de Amy Kaplan, “Manifest Domesticity” (1998), argumentó en contra de la “insularidad de esos *American studies* que imaginan a la nación como... fija y encerrada sobre sí misma” (Kaplan, 1998: 583). A los dos años, los nueve colaboradores del volumen *Post-Nationalist American Studies* amplificaron la antiinsularidad del posexceptionalismo en una introducción que abogó por proyectos internacionalistas que se opusieran a unos viejos “*American studies* que son ... insulares y parroquiales” (Rowe et. al., 2000: 2). Recientemente, en 2008, en la colección *Hemispheric*

² Ver Rob Wilson (2000), Allan Punzalan Isac (2006), Mary A. Renda (2001) y Matthew Pratt Guteri (2008).

American Studies, Anna Brickhouse valoró la construcción de una “historia hemisférica compleja” en oposición a las versiones “insulares y nacionalistas” (Brickhouse, 2008). Y, en 2011, en el número especial de la revista *New Literary History* sobre “el estado de los *American studies*”, Winifried Fluck inadvertidamente anunció el triunfo de una antiinsularidad posexceptionalista: “Lo bueno de los *American studies* transnacionales es que nos permiten observar a Estados Unidos ya no de forma insular, sino en términos de su inmersión internacional” (Fluck, 2011: 38).

En el transcurso de dos décadas, prominentes estudiosos posexceptionalistas han empleado la noción de insularidad como marcador destacado de la obsolescencia de los *American studies* anteriores. Por supuesto, estos académicos, a quienes admiramos, sólo han desplegado el término insular de acuerdo con su uso más aceptado, a saber, para describir cómo es estar “cercenado de la interacción con otras naciones, aislado; autocontenido; emociones, ideas o costumbres estrechas o prejuiciosas” (Oxford Dictionary, 1989). Pero es importante rastrear y comentar la arraigada violencia epistémica que resulta de y es perpetuada por una modernidad (neo)colonial orientada continentalmente que se ha orientado por el atributo geoformal definitorio de la isla para adscribirle este segundo significado despectivo, que inevitablemente vincula el espacio de la isla (y por extensión a los pueblos isleños) con una mentalidad anticosmopolita.

Por medio de este doble significado, la insularidad queda transformada en índice de un imaginado espacio geográfico y mental supuestamente retrógrado, opuesto a las mentes abiertas y geografías amplias. Se evoca a la insularidad por ser anatema de las mentes continentales de filósofos europeos y revolucionarios estadounidenses. Se evoca a la insularidad porque está fuera de sintonía con el cosmopolitanismo planetario de quienes han viajado extensamente y pensado con la magnitud de los continentes. Mientras que los sujetos cosmopolitas “proyectan mucho mundo, expansibilidad, la racional toma de decisiones y la acumulación ordenada” rara vez comparten el mismo espacio que los sujetos creoles, estos últimos indeliblemente atados a lo insular y representantes de “una forma de pertenencia que los conecta a una historia de contacto coercionado” (Lionnet, 2011: 27-28). Así, incluso cuando los nuevos *American studies* han puesto atención en las islas situadas en los océanos desde el Atlántico al Pacífico y en los mares desde el Mediterráneo hasta el Caribe, los análisis culturales

y críticos “americanistas”³ no dejan de estar incompletos en tanto que el discurso posexceptionalista perpetúa una relación con el espacio isleño que otorga más valor metodológico e intelectual a la antiinsularidad.

¿Cómo fue que se convirtieron la insularidad o la isleñitud en metáforas para eso que no es cosmopolita? A Françoise Lionnet le resulta especialmente extraño dado el grado en el que las islas del Océano Índico y del Mar Caribe, por ejemplo, han sido pobladas por “comunidades multiétnicas, multireligiosas y multilingües cuyo carácter cosmopolita es innegable” (Lionnet, 2011: 27-28). Prosigue a preguntar: “¿La vida de quiénes cuenta como vida cosmopolita?”. En el mismo sentido, aunque nos identificamos fuertemente con la ética y las prácticas de los *American studies* posexceptionalistas, abogamos por deshacer la antiinsularidad del posexceptionalismo. Argumentamos, en cambio, a favor de una anti-antiinsularidad pero, al igual que Paul Gilroy, quien llegó al antiesencialismo en 1993 como precondition lógica para su paradigma del Atlántico Negro tan productivo críticamente (Gilroy, 1993: 99-103), entendemos la anti-antiinsularidad no como fin en sí mismo, sino como precondition para lo que hemos denominado *American studies* archipelágicos. Pensar la anti-antiinsularidad como precondition para los *American studies* archipelágicos significa reconocer, primero, que las actitudes negativas hacia lo insular tienen una historia vinculada con el colonialismo y el nacionalismo imperial y, segundo, que historizar lo insular revelará otros significados e interpretaciones de las cambiantes experiencias humanas de los espacios isleños.

Por un lado, buena parte del sentimiento antiinsular es efecto de un discurso con una lógica fundamentalmente continental que confronta un universalismo continental y cosmopolita con formas creole de arraigo más isleño racionalizando la dominación europea y estadounidense de los espacios isleños. Pero la construcción que la lógica continental hace del espacio isleño como esencialmente delimitado también ha evocado a las islas en términos particularmente útiles para el nacionalismo imperial y las políticas de la soberanía. En tanto las masas terrestres cuyo atributo más destacado es precisamente su delimitación, las islas han sido clave en las visiones utópicas de la soberanía nacional. De tal modo que, incluso cuando la insularidad de las islas se planteara negativamente en las tradiciones dedicadas a

³ Se resaltó la palabra “americanistas” para evitar confusión, porque los autores se refieren específicamente a los estudiosos de Estados Unidos (*American studies*), no de las Américas (N. de la T.).

racionalizar la superioridad continental y la expansión imperial, la insularidad de los espacios isleños aun así ha sido invariablemente útil para ese proyecto que imagina un espacio nacional cerrado sobre sí mismo. Los *American studies* archipelágicos buscarían entender cómo el tropo de la isla funciona como eje central de estos dos discursos aparentemente contradictorios. La isla ha operado como metáfora de la naturaleza cerrada y delimitada del estado ideal, así como del poder que tiene ese estado para cruzar las fronteras hacia otros territorios.

Para deshacer aquellas posturas problemáticas relacionadas con las islas generadas por la lógica y el pensamiento arraigado continentalmente, la anti-antiinsularidad por la que abogamos revelaría las formas en que la propia isla ha funcionado como tropo para reemplazar las posibilidades más peligrosas inherentes a la relación entre islas y varias otras formaciones terrestres y marítimas. Se trata de la forma que adquiere la crucial diferencia entre la extensión y la relación que configura a las distintas apreciaciones de la guerra racial de Strong y Du Bois, que extendería la barrera de color a lo largo y ancho de una geografía planetaria. Trazar la construcción de la isla como una sola unidad revela aquello que también está oculto; así como “ningún hombre es una isla”, de igual manera ninguna isla es simplemente una isla aislada.⁴ Cualquier isla puede concebirse archipelágicamente como parte de una cadena de islas mayor o un fragmento desprendido de las masas terrestres continentales, con conexiones archipelágicas trazadas en la superficie del agua o por encima de los opacados espacios del terreno submarino. La relacionalidad y la apertura archipelágicas serían el rasgo más prominente de una isla vista desde esta perspectiva conectada, así como para Du Bois el imperialismo y el colonialismo (y sus designios globales) fueron simplemente el telón de fondo o marco para explorar las relaciones entre “las razas más oscuras [y] claras de hombres” en los continentes y “las islas del mar”. Este proyecto que evalúa las relacionalidades archipelágicas en y entre islas resuena con lo que Shu-mei Shih describe del enfoque relacional de los estudios comparativos de la racialización que se desplazan globalmente entre varios espacios locales: “La comparación entre la colonia y la metrópoli... versa sobre la relacionalidad, no el relativismo. Si la racialización es inherentemente comparativa, un proceso psicosocial e histórico, entonces estamos

⁴ La frase “ningún hombre es una isla” es una línea famosa de *Meditation XVII* (1624) por el poeta inglés John Donne.

batallando contra el significado de la comparación entendida como la yuxtaposición arbitraria de dos términos en su diferencia y similitud, reemplazándola con una comparación entendida como el reconocimiento y la activación de relaciones que implican dos o más términos para iluminar las relacionalidades sumergidas o desplazadas” (Shih, 2008: 1350). Esta idea de la racialización comparativa está en sí misma afianzada por las estructuras topográficas de lo insular y lo archipelágico dado que aquí la relacionalidad implica la presencia implícita de las islas, islas desplazadas de los continentes, y revela el terreno sumergido como un espacio de tierra seca, que a su vez activa las inesperadas relaciones archipelágicas entre ellas.

Incluso cuando la topografía insular y archipelágica encuentre una utilidad implícita en teorizar la raza y la relacionalidad a inicios del siglo XXI, la relacionalidad inevitablemente archipelágica de las islas ha sido más teorizada entre quienes han puesto la atención crítica directamente en el espacio isleño. Las tradiciones intelectuales insulares/archipelágicas han emanado de regiones que incluyen Oceanía, el mediterráneo, el sureste asiático marítimo, las islas británicas, entre otros, pero aquí nos enfocaremos en las maneras en que el Caribe y el campo de los estudios del Caribe [*Caribbean studies*] han insistido en una versión de los *American studies* que abandonaría su antiinsularidad posexcepcionalista y, en el proceso, surgiera como transregional y archipelágica.

La relacionalidad meta-archipelágica versus el excepcionalismo continental

Para contribuir en el papel que los *American studies* han jugado en el esfuerzo interdisciplinario pos guerra fría, orientados a “imaginar nuevas geografías... que inspiran formas alternativas de ver el mundo” y sus “relaciones emergentes” (Lewis y Wigen, 1999: 162), en palabras de Martin W. Lewis y Kären Wigen, los *American studies* archipelágicos están comprometidos con rastrear las interrelaciones entre América (entendida como espacio hemisférico constelado por dos continentes e incontables islas) y el archipiélago planetario más grande que Du Bois, Strong y muchos otros han concebido como “las islas del mar”. En buena medida, los *American studies* archipelágicos abrevan del tipo de geografía cultural que ha dominado el giro trans-

nacional de esos académicos que han interrogado las zonas de contacto, flujos y circuitos culturales, ideando y contribuyendo a varias heurísticas geoculturales, incluidas las culturas del imperialismo estadounidense, el Circum-Caribe, el sur global, la región Asia-Pacífico, el mediterráneo estadounidense, la “americanidad”, el Atlántico Negro, la zona fronteriza, el Imperio, el hemisferio y el planeta, entre otras. Indudablemente, el archipiélago planetario está constituido por espacios isleños que se intersectan con —y pueden concebirse por medio de— todas estas heurísticas geoculturales. No obstante, si el espacio archipelágico está ontológicamente “constituido por la repetición de una *forma insular* cuya recursividad está organizada discursivamente con base en heurísticas nacionales, raciales, imperiales y tectónicas, entre otras” (Roberts, 2013: 122), unos *American studies* verdaderamente archipelágicos complementarían su deuda con la geografía cultural con un compromiso correspondiente por entender las peculiaridades de las islas y los grupos de islas en tanto espacios geohistóricos y geoestructurales.

En una estrategia similar a la del proyecto Oceans Connect de la Universidad de Duke descrito por Lewis y Wigen, enfocarse en el espacio mismo de la isla de manera más material significaría interrogar lo que la cultura mundial ha asumido como su rasgo geoformal y ecológico más definitorio: la condición de estar rodeada de agua. En tiempos relativamente recientes, la investigación marítima ha empezado a hacer referencia a las masas acuáticas más que a las masas terrestres, o a lo terráqueo más que a lo estrictamente geoterritorial como punto de partida para la comprensión interdisciplinaria de las regiones del mundo. En su trabajo *The Repeating Island* (1992, 1996), Antonio Benítez-Rojo apunta hacia este tipo de aproximación al Caribe, recordándonos que el Atlántico Negro (y otros marcos atlánticos que han sido desarrollados en las últimas dos décadas) podrían verse como los vástagos del Mar Caribe:

Seamos realistas: el Atlántico es el Atlántico (incluidas todas sus ciudades portuarias) porque en algún momento fue engendrado por la copulación entre Europa [...] y el archipiélago caribeño; el Atlántico hoy en día es el Atlántico [...] porque Europa, en su laboratorio mercantilista [...] inseminó el vientre caribeño con la sangre de África; hoy el Atlántico es el Atlántico (OTAN, Banco Mundial, Bolsa de Nueva York, Comunidad Europea) porque fue la cría nacida dolorosamente del Caribe, cuya vagina quedó tendida entre abracaderas de parto continentales, entre la encomienda de los indios y la plantación esclava.

vista, entre la servidumbre del culí y la discriminación de lo creole (Benítez-Rojo, 1996: 5).

La lista gráfica de Benítez-Rojo demuestra con precisión las maneras en que un cuerpo de agua y los movimientos e intercambios que facilita pueden engendrar (incluso brutal y violentamente) sociedades enteras, culturas, historias, pueblos y formas políticas.

Su provocación lo lleva a definir el Caribe como un “meta-archipiélago” por haber “procreado [...] a un océano de tanto prestigio universal” (Benítez-Rojo, 1996: 5). Fluyendo “hacia fuera más allá de los límites de su propio mar”, el Caribe de Benítez-Rojo es un meta-archipiélago no sólo porque ha engendrado al Atlántico, sino porque “sin fronteras ni centro” desborda al Atlántico, sus islas lejanas abarcan desde las “costas de Gambia” a la “periferia de Bombay”, desde una taberna cantonesa” hasta un “barrio de Manhattan” (Benítez-Rojo, 1996: 4). Además de admirar su potente conceptualización de una cadena de islas que abarca al planeta y bañada por el océano mundial, nos inspira el prefijo que Benítez-Rojo añade al término archipiélago, una estrategia que desnaturaliza lingüísticamente y que, a su vez, nos incita a recordar que el término mismo de archipiélago comprende componentes e historias bastante sorprendentes.

Archipiélago en inglés deriva del término italiano medieval *arcipelago*, en el que *arci* significa principal o superior y *pélago* significa mar, alberca o golfo. De hecho, arcipelago originalmente fue el nombre que llevó el principal mar del mundo griego, el Egeo repleto de islas, antes de que el término apareciera como metáfora para las islas esparcidas en ése y cualquier otro mar (Oxford Dictionary, 1989). En el contexto de estos significados superpuestos, decir que una isla siempre forma parte de un archipiélago, es decir, casi tautológicamente, que una isla siempre es parte de, está rodeada por y conectada con un mar más extenso.

Para nosotros, el término archipiélago conserva la referencia a esta historia cambiante y el concomitante estatus ontológico incierto: ¿el archipiélago es el mar o son las islas del mar? Este modo de existencia liminal y terráqueo ha sido resultado de una historia de encuentros entre tierra y agua, en un momento existe como agua (salpicada de islas) y en el siguiente existe como islas (rodeadas de agua). Así, unos *American studies* archipelágicos mantendrían en tensión productiva las aportaciones producidas

por campos de estudio nacientes y nuevos como los estudios isleños y los estudios del mar.⁵

Algunos *American studies* con una orientación archipelágica introducirían esta perspectiva terráquea a los actuales esfuerzos por repensar los estudios de área [*area studies*] según marcos más transculturales e interregionales. Orquestados después de la segunda guerra mundial para crear universidades que pudieran potenciar el poder-conocimiento de Estados Unidos durante la guerra fría (Lewis y Wigen, 1999: 165), los estudios de área basados en Estados Unidos han examinado las designaciones territoriales definidas culturalmente cuyas poblaciones comparten rasgos similares como la lengua, la religión, las costumbres o la visión del mundo (Lewis y Wigen, 1999: 165). Mas significativamente, la geografía cultural de los estudios de área estaba organizada según la lógica visible de un pensamiento continental, una “mezcolanza poco conceptualizada de divisiones continentales y subcontinentales” que es “en sí misma un legado del pensamiento colonial” (Lewis y Wigen, 1999: 165).

En la modernidad temprana, un sólo diseño epistémico global, “la división global tripartita de los antiguos geógrafos griegos, que distinguían entre Europa, Asia y África”, se transformó después de los viajes de descubrimiento europeos en el “modelo de siete continentes” con otro diseño global, que mantuvo la hegemonía hasta la segunda guerra mundial (Lewis y Wigen, 1999: 165). Es precisamente esta división del mundo en “grandes regiones cuasi-continenciales” lo que buscan corregir los estudios del océano al replantear a los estudios de área como “estudios en torno al océano y las cuencas marítimas”, usando las “interacciones marítimas para sacar a relucir el conjunto de regiones históricas que en gran medida han permanecido invisibles en el mapa convencional del mundo” (Lewis y Wigen, 1999: 165). Eso que literalmente sería una nueva forma de mapeo cognitivo en términos de las ciencias sociales es también indicio de que se necesita un mapeo cognitivo en términos más humanísticos, esto es, el cuestionamiento de la lógica y el discurso continentales que generan un sesgo antiinsular desde el inicio. Este cuestionamiento y deconstrucción revela unos

⁵ El campo de los estudios isleños cuenta con dos revistas, fundadas en 2006 y 2007 en Canadá y Australia respectivamente, *Island Studies Journal* de la University of Prince Edward Island y *Shima*, respaldadas por Macquarie University y Southern Cross University, respectivamente. Para discusiones sobre estudios del océano, ver Martin Lewis y Karen Wigen (1999) y *PMLA* (2010).

rasgos muy particulares del discurso continental antiinsular en relación con los *American studies*.

Previo al surgimiento de los *American studies* y uno de sus puntos de partida, la noción de la primacía continental ha tenido una larga historia en el pensamiento estadounidense. El historiador James D. Drake lo ha ejemplificado de manera convincente con los colonos norteamericanos y ciudadanos estadounidenses de los siglos XVII y XVIII, quienes concibieron la noción de que su derecho a la soberanía nacional era un corolario lógico a la vastedad continental de “América”⁶, que era putativamente superior a la pequeñez insular de Inglaterra y de las islas del caribe británico (Drake, 2011: 128-132, 186-188). El emblema de la posición procontinental y antiinsular de los estadounidenses es el panfleto famoso de Tomás Paine, *El sentido común* (1776). Paine implícitamente miró hacia las posesiones isleñas de Inglaterra cuando concedió que “las islas pequeñas que no sean capaces de protegerse a sí mismas son un objeto apropiado para la protección por parte de otros reinos”; pero, en oposición al dominio de la insular Inglaterra sobre “América” continental, argumentó que “hay algo absurdo en el supuesto de que un continente puede estar gobernado por una isla en perpetuidad” (Paine, 2001: 93). Esta expresión temprana del excepcionalismo continental prescribió y puso de manifiesto un futuro en el que la frontera y el territorio estadounidenses estarían destinados a extenderse desde el Atlántico hasta el Pacífico. Posterior a esta expansión por el continente, y tras la famosa declaración del historiador Frederick Jackson Turner de 1893 de que la frontera había “desaparecido” (Jackson Turner, 1921: 38), una continuada convicción de la excepcionalidad continental indudablemente apuntaló los compromisos adquiridos por Estados Unidos a finales del siglo XIX, cuando se hizo cargo de lo que definió como numerosas islas pequeñas del Caribe y el Pacífico que eran incapaces de protegerse a sí mismas. En el contexto estadounidense, una distinción formal de larga data entre las islas pequeñas y el gran continente ha encuadrado al continente como la fuente masiva y natural del impulso por el dominio hemisférico y planetario estadounidense, que a su vez ha participado en la producción de eso que Lionnet presenta como la persistente vinculación cultural insular entre “la esclavitud [y] la inmovilidad impuesta” (Lionnet, 2011: 27).

⁶ Cuando “América” se encuentre entre comillas se refiere a Estados Unidos, no al continente (N de T.).

En el campo de los *American studies*, la primacía geopolítica del continente ha funcionado como una epistemológica que ha sobrevivido (para citar un término de Gene Wise) a varios “dramas de paradigma” en la investigación “americanista” (Wise, 1979: 293-337). La vastedad del continente ha ofrecido un fundamento epistemológico a los “americanistas” desde inicios del siglo xx hasta inicios del siglo xxi. En 1900, un profesor de literatura de Harvard, Barrett Wendell, publicó *A Literary History of America* [Una historia literaria de America], que remitió a los siglos xvii y xviii y describió a la “insular raza inglesa” —cuya lengua, tradiciones y carácter “se han desarrollado” en una “isla”— como geográficamente incongruente en relación con el proyecto de “imponer su imagen” sobre la India o “América del Norte, el más grande continente de los dos hemisferios” (Wendell, 1931: 62). En Harvard, Wendell instruyó a Vernon Louis Parrington, cuya vertiginosa composición *Main Currents in American Thought* (1927) ha sido considerada el paradigma básico para los *American studies*. En *Main Currents*, Parrington se remonta a la época colonial y describe una “mentalidad colonial” inglesa, cuyos años iniciales en Estados Unidos fueron “groseros e insípidos por su insularidad”. No obstante, según Parrington, esta insularidad disminuyó conforme se amalgamó la “vieja sepa inglesa” con “otras razas” y desarrolló una “nueva psicología” creada por la “tierra virgen”, los “espacios amplios” y la “terratencia difusa” (Parrington, 1927: 131). Conforme menguó la época preinstitucionalizada de los primeros años de los *American studies* y se consolidaron durante la guerra fría, importantes voces “americanistas” encontraron mitos y símbolos en la putativa tierra virgen y los grandes espacios verdes disponibles en un continente que había sido imaginado específicamente en oposición al espacio isleño. Clásicamente, *Tierra virgen*, de Henry Nash Smith de 1950, y *La máquina en el jardín*, de Leo Marx de 1964, se centraron en el “poder del continente” y en Estados Unidos como “el continente crudo” (Smith, 1970: 161).

Durante las últimas dos décadas, los “americanistas” posexceptionalistas han expresado su insatisfacción con la investigación orientada hacia los continentes, como la de Stein y Marx, describiéndola como insular, jamás lo suficientemente amplia, sus geografías nunca alcanzan a tener la adecuada vastedad. Pero la dependencia que tiene el posexceptionalismo en los valores negativos de la insularidad puede llegar a converger con las maneras en que el continente (en oposición a la isla) continúa siendo un

objeto geográfico fetichizado a pesar de la transnacionalización del campo de estudio. Incluso la heurística que va más allá del hemisferio exhibe un fundamento continental parecido. Desde 2006, la iluminadora monografía de Wai Chee Dimock, *Through Other Continents*, ha ofrecido un modelo planetario para el estudio de la literatura estadounidense. Es de notar que el título de Dimock aboga por un modelo cuya ruta atraviesa los espacios continentales del globo. Podría ser que emerjan otros continentes como guía heurística topográfica si éstos pudieran constituirse como suplemento masivo de la masa continental estadounidense, que alguna vez fue sublime por su magnitud, pero que ahora (gracias a las nuevas tecnologías para viajar y comunicarnos) parece demasiado insular, ¿incluso demasiado parecido a una isla?

Una genealogía de la antiinsularidad posexceptionalista y su inclinación concomitante a pensar por medio de otros continentes yace en la explicación históricamente sedimentada de que Inglaterra y otros espacios isleños han sido de mentalidad estrecha e insulares, mientras que en Estados Unidos han sido vastos y continentales. Para volver a las palabras de Paine, los “Americanos” (y, por extensión, los estudiosos de los *American studies*, desde inicios del siglo xx a inicios del XXI) han respondido al llamado de conocer geografías a “mayor escala”, geografías que den pie a “mentes continentales” (Paine, 2001: 89) que no toleran la restricción de la estrechez producida por “la extensión de Inglaterra”: “los límites estrechos de trescientas sesenta millas” (Paine, 2001: 89). Incluso aunque haya alcanzado un lugar prominente en los *American studies*, esta predisposición va más allá del mundo anglófono y refleja una sensibilidad más amplia influenciada por la visión y el designio global de la colonialidad. Aunque podamos concebir un marco hemisférico de las Américas como una “noción maleable” que representa “las fronteras cambiantes y diversas conceptualizaciones de la región y el hemisferio”⁷, tanto los *American studies* como los estudios latinoamericanos dependen de los espacios continentales terrestres para el imaginario geográfico de “nuestra América”: América del Norte, Centro y Sur del Nuevo Mundo.⁸ El ejemplo clásico en este sentido serían las marcadas

⁷ Citas tomadas de la descripción del tema de la reunión de la *American Studies Association* (2007), “América Aquí: Transhemispheric Visions and Community Connections” que en la actualidad ya no se encuentra disponible.

⁸ Agradecemos a Yolanda Martínez San Miguel por esta idea acerca del inevitable enfoque sobre el espacio continental en los estudios latinoamericanos que da prioridad a los proyectos

deudas intelectuales que tienen los *American studies* y los estudios latinoamericanos hemisféricos con el contemporáneo de Du Bois y Strong, José Martí, cuya visión de “nuestra América”, publicada en la Ciudad de México en 1892, depende de un imaginario pronunciadamente continental para encuadrar una visión explícitamente contraria a la profecía de Strong relativa al imperialismo estadounidense.

Al igual que Strong, pero desde la perspectiva de esas naciones del centro y sur de América en la primera línea del descenso de Estados Unidos por el continente, Martí usó “nuestra América” para advertir a América Latina del formidable vecino del Norte quien, “por ignorancia... quizá empiece a codiciarla” (Martí, 2002: 295). Pese a este peligro, Estados Unidos, el “pueblo rubio del continente”, era necesario para la unión “del alma continental (Martí, 2002: 296)”. Martí anhelaba un continente unificado más allá de las divisiones raciales: “No hay odio de razas, porque no hay razas [...] resalta en el amor victorioso [...] la identidad universal del hombre [...] El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color” (Martí, 2002: 295-296). No obstante, pese a la rapsodia continental de Martí, y en un guiño a su propio patriotismo cubano, su visión continental de nuestra América conserva un remanente insular. Usando una frase congruente con aquellas usadas por Du Bois y Strong, “nuestra América” de Martí concluye con la siguiente visión: “del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América Nueva” (Martí, 2002: 296). Intriga que sea Semí, un espíritu adorado por los Taíno del Caribe, quien ha sembrado las semillas de un continente unificado y que, durante su vuelo a cuestras del cóndor, haya integrado las islas a la visión continental de Martí.

Las islas del mar y el estado insular

Escribiendo hace más de un siglo, evidentemente Du Bois, Strong y Martí sentían que las fronteras continentales de Estados Unidos eran demasiado estrechas para contener su propia visión planetaria, imperialista y hemisférica

de construcción de naciones y los imaginarios que excluyen al Caribe y las Filipinas, durante su ponencia “Archipiélagos de ultramar: Studying Spanish Colonialism in the Phillipines and the Caribbean” (2011).

del siguiente siglo. Incluso al observar los continentes, cada uno a su manera conservó la idea de que los archipiélagos eran históricamente significativos a nivel mundial no sólo en el pasado, sino también para el futuro. Por supuesto, cuando desplegaron la frase “las islas del mar” (“*the islands of the sea*”), Du Bois, Strong y Martí no estaban necesariamente ofreciendo un espectacular modelo nuevo para concebir a todas las islas del océano global como interconectadas y parte de una misma cadena. Más bien estaban aprovechando un cliché geográfico. En el transcurso de varios siglos, la frase “islas del mar” ha adquirido amplia circulación y difusión, habiendo aparecido repetidamente, por ejemplo, en varias traducciones de la Biblia al inglés, desde la traducción de John Wycliffe de 1384 (“*the islis of the se*”), la Biblia de Ginebra de 1587 (“*the yles of the sea*”), hasta la Biblia del Rey James de 1611 (“*the ylands of the Sea*”), y la revisión hecha por Noah Webster de 1833 (“*the isles of the sea*”). Estas traducciones ubicaron a “las islas del mar” como el sitio de la diáspora judía y, en consecuencia, para los cristianos, potencialmente, un lugar para el trabajo misionero.⁹ Dentro de este modelo geográfico que se diseminó mucho más allá de la diáspora judía y el trabajo de los misioneros cristianos, “las islas del mar” se concibieron como archipelágicas, vinculadas discursivamente por medio de una frase que destacaba la semejanza geoestructural entre ellas, y quizá incluso su intercambiabilidad.

No obstante, en competencia y tensión con la perspectiva archipelágica sobre la insularidad, ésta también acabó enmarcada en términos de la singularidad y el nacionalismo. La publicación de la *Utopía* de Tomás Moro (1516) y la *Nueva Atlántida* de Francis Bacon (1624) marcaron una tradición importante en las conceptualizaciones europeas del espacio isleño. Dentro de esta tradición, la isla existe no como parte de una colectividad geográfica, sino como una sola unidad. En palabras de Antoine Hatzenberger, en la *Utopía* de Moro y la *Nueva Atlántida* de Bacon, el individuo se convierte en

⁹ En la interpretación de la versión de Noah Webster, en *The Bible in English [1990-1970]*, el profeta israelita Isaías predijo que “los esparcidos de Judá” serán reunidos desde “Asiria, Egipto y Patros [...] y las islas del mar” (Isaías 11:11-12). Aunque la palabra hebrea que corresponde a las islas bíblicas simplemente hacía referencia a “tierras de ultramar” o “las costas del mar” (*Oxford English Dictionary*, 1989), muchos misioneros cristianos (empeñados en reunir porciones perdidas de la diáspora judía) miraron hacia las pequeñas masas terrestres rodeadas de agua en busca de los remanentes dispersos de Israel (Howe, 2003: 36-41; Aikau, 2012: 31-53). En términos más generales, la frase “las islas del mar” llegó a significar una etapa transregional y planetaria en las actividades del trabajo misionero (*Baptist Missionary Magazine*, 1897: 1; Williams Anthony, 1919: 188).

metáfora de la utopía, y esta visión de la utopía insular demuestra algunos rasgos asociados con el estado y el imperio. Pensada como una isla, “Utopía es un territorio aislado definido principalmente por sus fronteras y delimitado por Mineópolis” (Hatzenberger, 2003: 119). La Utopía de Moro era un espacio demarcado, intensamente fortificado en contra de cualquier intrusión, rechazando “todo aquello que pudiera llegar desde afuera de sus fronteras” (Hatzenberger, 2003: 120). Aunque, en una aparente contradicción, la Utopía de Moro también incluía provisiones para ciertos tipos de movimiento más allá de sus fronteras, en particular para el trabajo de la colonización. Esta paradoja da pie a que Hatzenberger concluya que “la relación entre Utopía y todo aquello que le es externo no es simétrica [...], aunque la población de Utopía desea que sus fronteras sean completamente herméticas a cualquier influencia ajena, tiene cuidado de mantener su porosidad para su propio poder sobre las otras naciones” (Hatzenberger, 2003: 121). Una nación capaz de extender sus propias fronteras internas y expandirse siguiendo una lógica continental es como una isla extendida, y una isla que pueda extenderse más allá de sus fronteras, una isla que desciende sobre el resto del mundo, es como un imperio. En tensión con la celebración de la escala continental, entonces compite el ideal de una utopía insular que, al igual que los imperios Británico o estadounidense, podría ser al mismo tiempo delimitada y cerrada a la influencia del exterior, pero también extensible y capaz de influir en otros.

Retomando el tema de cómo la geografía física se ha prestado para la percepción y conceptualización del Estado-nación, Philip E. Steinberg también recientemente ha discutido las formas en que las representaciones cartográficas renacentistas de las islas —como ubicaciones delimitadas por las fronteras supuestamente naturales de sus costas— ofrecían una gramática representacional para el surgimiento de la concepción europea del Estado-nación territorializado en tanto “entidad unificada, demarcada, homogénea y natural” (Steinberg, 2005: 253). La genealogía cartográfica que existe entre islas y estados territoriales —una en la que las islas representadas cartográficamente fueron precondition de una idea del mundo que “consiste de unidas singulares pero equivalentes, con un adentro y un afuera bien delimitados—” (Steinberg, 2005: 263) es indicio de la cualidad sobredeterminada de la dependencia que tienen los *American studies* posexceptionalistas en el término insular para describir las interpretaciones de Estados Unidos

durante la guerra fría. Ineludiblemente, esta dependencia de los investigadores posexceptionalistas en los valores negativos de la insularidad se nutre de la imagen generada colonialmente de la isla como un espacio atrasado no soberano que requiere protección (léase dominio) por parte de un reino o continente. Pero el uso posexceptionalista del término insular también resuena con la genealogía de la isla de Steinberg en tanto Estado-nación: la antiinsularidad del posexceptionalismo constituye una crítica a uno de los rasgos que definen al Estado-nación como un territorio unificado, delimitado, homogéneo, natural y, sobre todo, soberano, naturalizado por homología con los rasgos topográficos aparentemente más que evidentes de las islas.

Si la isla solitaria ha sido modelo para el Estado-nación, y si concebir al estado-nación como una isla ha dado pie a una perspectiva teórica (aunque rara vez práctica) acerca de las naciones como unidades singulares, pero equivalentes, entonces podría pensarse que los Estados-nación de la Tierra se enlazan archipelágicamente, tal como Du Bois, Strong y Martí —al igual que los traductores de la Biblia, entre otros— imaginaron “las islas del mar”. No obstante, a pesar de su enfoque continental, incluso Martí reconoció que la visión de una identidad singular para cada una de las islas y naciones de América era vulnerable al poder del gigante del norte con ambiciones imperialistas. Evocando a la isla idílica de *La tempestad* de Shakespeare, la visión que tenía Martí de la relacionalidad archipelágica más bien pone el foco en la unificación transfronteriza como una fuerza política, las islas unidas como árboles de una costa de cara a los vientos tempestuosos: “No podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas!” (Martí, 2002: 288-289). Al igual que el meta-archipiélago de Benítez-Rojo, constituido en última instancia por espacios isleños que van desde Samoa a las Islas Británicas, desde el archipiélago malasio hasta el Caribe, y del archipiélago griego hasta Hawai,¹⁰ lo que sugiere Martí es una visión que contrasta al archipiélago con la isla. En otras palabras, la isla no es sólo parte de un archipiélago; discursivamente, el archipiélago podría ser la antítesis misma de la isla, una figura para ese estado delimitado, territorial e insular.

¹⁰ Para una perspectiva expansiva del archipiélago mundial, ver Edward Walter Dawson (1886).

Una versión de la globalización, entonces, podría plantearse como la mera culminación de la extensión de una lógica de la soberanía nacional, con alcance continental y abarcando múltiples territorios globales en el Nuevo y Viejo mundo. Lionnet interpreta la creolización no sólo como una formación y un proceso fundamentalmente archipelágico, sino como la síntesis de una lógica del “uno” que opera en Estados Unidos y Francia¹¹. Al explorar este discurso del “uno”, Lionnet percibe la reaparición de una lógica continental vinculada con una cierta visión de la soberanía: “el ‘uno’ es análogo a una masa terrestre continental con fronteras bien delimitadas y aguas territoriales que protegen de los indeseables o los intrusos, un modelo que está adquiriendo un significado más literal a inicios del siglo veintiuno con la construcción de muros en el Medio Oriente y en la frontera entre México y Estados Unidos” (Lionnet, 2008: 1508). Lionnet encuentra una contra visión para este “modelo jurídico continental del Estado-nación” (vinculado aquí con la imagen de una soberanía insular) en una relación muy distinta del espacio isleño como fue imaginado “por las Filipinas e Indonesia, después de la conferencia de Bandung de Estados asiáticos y africanos de 1955, cuando se declararon naciones archipelágicas”. Mohamed Munavvar también ha descrito la visión de Bandung como “la perspectiva filosófica de los estados archipelágicos” que incorpora, pero también va más allá del discurso jurídico y la teoría política (Lionnet, 2008: 1508).

El principio archipelágico apareció simultáneamente en el Caribe en la década de 1950, cuando figuras como C.L.R. James observaron el surgimiento de alianzas políticas y económicas entre Estados que posteriormente constituirían la Unión Europea —movimientos hacia la continentalización fue como lo llamó entonces— y ofrecieron la visión opuesta de una Federación de las Indias Occidentales para el Caribe anglófono (James, 1973: 84). Haciendo referencia al templete archipelágico de las ciudades-estado griegas, James observó que las islas ejemplificaban una visión muy diferente de la soberanía imaginada por el tropo de la isla insular. James ahora veía que el tamaño pequeño de las islas era una ventaja, fomentaba el flujo libre de bienes, personas e información entre costas territoriales y fronteras políticas, una facilidad de movimiento que también posibilitaba la democracia de la

¹¹ Dice: “*E pluribus unum*, el lema original de Estados Unidos adoptado por un acto del congreso en 1782, tiene ecos de la constitución francesa de 1793, que dice que ‘la República es una e indivisible’” (1505).

gente común (James, 1973: 70). Benítez-Rojo ofrece un modelo actualizado de la visión de James cuando inventa el término meta-archipiélago como una descripción específica del Caribe, explicando con ello las maneras en que las culturas del Caribe se han integrado y difundido en la miríada de tradiciones culturales del planeta y evocando una relacionalidad, apertura y multidireccionalidad que el escritor martinico Édouard Glissant compara con el rizoma de Gilles Deleuze y Félix Guatarri. Inspirados y ampliando la atención que Benítez-Rojo ha puesto en las maneras en que el espacio archipelágico puede ser configurado y radicalmente reconfigurado según la percepción humana, deseamos encuadrar el archipiélago planetario más amplio (las islas del mar del mundo) en una visión meta-archipelágica descentrada y sin delimitaciones que contrasta con el continente y el Estado insular. Más próximos a casa, este modelo concibe al propio hemisferio “Americano”, paradójicamente, como un sistema isleño y, en la misma medida, un sistema de Estados continentales.

Las masas terrestres tradicionalmente entendidas como continentes podrían replantearse como islas para convertirlas en partes constitutivas, más que administradoras continentales, del meta-archipiélago global. Durante la década de 1990, Glissant aseveró que “el mundo entero se está transformando en archipiélago y se está creolizando” (Britton, 1999: 179). Al hacer esta aseveración relativa a las tendencias de la globalización a finales del siglo xx, Glissant presentó un imaginario geográfico caribeño concordante con el del intelectual barbadense George Lamming. En 1960, Lamming observó el involucramiento de Estados Unidos en el Caribe y comentó, “Estados Unidos está muy presente ahora entre nosotros; desde Puerto Rico hasta abajo, en Trinidad. Pero Estados Unidos es una sola isla; y ahora estamos acostumbrados a vivir entre muchas islas”. Lamming explicó, “desde el mero principio fuimos parte de la isla de China, y la isla de África y la isla de India” (Lamming, 1984: 154). Aquí, Lamming y Glissant subvierten la diferencia entre isla y continente y con ello subvierten los supuestos continentalmente excepcionalistas acerca de la insularidad. También nos invitan a pensar a los continentes como islas, o como partes de sistemas de islas. Es esto lo que resulta impactante del enfoque cirum-Caribeño de obras como *American Mediterranean* de Matthew Pratt Guterl (2008), *Fatal Revolutions* de Christopher Iannini (2012) y *Creole America* de Sean X. Goudie (2006). Al ubicar la cuenca caribeña como su punto de partida, transformando así al

vecino estadounidense de Martí y Lamming de ser simplemente una unidad en un sistema-mundo a ser una unidad en un sistema-isleño de relaciones de poder e intercambios comerciales que Goudie denomina un “complejo creole” (Goudie, 2006: 13-16), la cuenca caribeña ofrece un punto de partida geoformal para organizar las relaciones entre distintas entidades territoriales americanas y caribeñas que han negociado su mutua presencia e influencia en el espacio hemisférico.

En la década de 1950, C.L.R. James usó el modelo de la continentalización o la vinculación geopolítica de las diferentes naciones de un continente para describir las alianzas intracontinentales como procesos culturales contingentes más que como configuraciones políticas autoevidentes y naturales, y sugirió que las islas del Caribe podían formalizar su propia forma geográfica archipelágica con una federación política. Como dejó en claro su visión, cuando retornó las ciudades-Estado arcaicas y las islas del mar Egeo, James estaba pensando litoralmente en las formas de conectividad entre islas y el cruce de costas que, en su visión caribeña, eran inherentemente una parte —y quizá constitutiva— de lo insular. El archipiélago, en oposición al pensamiento antiinsular, ofrece una visión de espacios unidos en lugar de las fronteras territoriales cerradas. En el trabajo de los tres caribeñistas —Lamming, Glissant y James— la insularidad emerge no como parroquial, fija, cerrada sobre sí misma, desasociada o inferior, sino como un componente crucial de un planeta terráqueo cuyos espacios terrestres y acuáticos sólo pueden conectarse por medio de una lógica fundamentalmente archipelágica en la que los lugares intermitentes asumirían formas espaciales que podrían ordenarse con referencia a heurísticas raciales, imperiales, tectónicas o culturales. Dentro de la economía de este imaginario espacial caribeño, el entrelazamiento de los espacios isleños y continentales en un meta-archipiélago global común afirma la paridad de los espacios terrestres no obstante su magnitud. Esta perspectiva supone, volviendo a Glissant, “una insularidad no como un modo de aislamiento” ni una “neurosis espacial”, sino constitutiva de un mundo en el que “cada isla es una abertura [...] El imaginario antillano nos libera de la sofocación” (citado en Glover, 2010: 1). Dentro de este meta-archipiélago planetario imaginado en este sentido, Sta. Lucía podría ser una abertura hacia China, mientras que China podría ser una abertura hacia la Isla de Pascua, mientras que la Isla de Pascua podría ser una abertura a la Europa continental, que a su vez podría ser

una abertura a Hispaniola, que entonces sería una abertura al norte y sur América. Por supuesto, las aberturas insulares podrían existir entre todos los nodos dentro del archipiélago global. La isla se transforma en una ribera que se abre al océano, con un ritmo y tensión entre el movimiento y el asentamiento, la colonia de plantación y el barco, la tierra y el mar.

Recurrir a este imaginario caribeño se vuelve más apremiante porque incluso entre los estudiosos que se dedican a investigar el espacio-isleño encontramos la necesidad (y el llamado a dar) un “giro archipelágico” para compensar las tendencias que “subteorizan las relaciones entre isla e isla” (Stratford *et al.*, 2011: 123, 115). Entender a la isla como un espacio archipelágico (un espacio de relacionalidad cultural, epistemológica y política) requiere, en el contexto de los estudios del Caribe, una devaluación del valor de la soberanía individual que ha dominado el Caribe desde la era de la independencia. La alternativa es una recuperación de —y un regreso a— los discursos más latentes, organizados según la lógica de un “principio del archipiélago”, así como la visión de una Federación de las Indias Occidentales en el Caribe anglófono durante la década de 1950, o en el sureste asiático marítimo, ubicación de Indonesia, el estado archipelágico más extenso. En el Caribe contemporáneo, la preocupación geoformal por cómo varias culturas han interactuado con las materialidades estructurales de las islas también ha desembocado en nuevas formaciones geopolíticas, nuevos y no soberanos imaginarios y discursos en unidades archipelágicas territoriales como las islas de Martinica y Guadalupe, que siguen siendo departamentos de ultramar franceses, o Saint Thomas (Santo Tomás), Saint Croix (Santa Cruz) y Saint John (San Juan), que conforman las Islas Vírgenes de Estados Unidos.¹² La idea de un Caribe que no sea soberano, y el uso de este marco como una categoría de análisis histórico y geopolítico, indica precisamente el tipo de giro contemporáneo que también representan los estudios archipelágicos, un rechazo de las trayectorias de los estudios poscoloniales como si éstos ofrecieran el único lenguaje disponible para comprender el presente y las formaciones políticas contemporáneas, un rechazo que no culmine en la narrativa predecible de la soberanía nacional o que simplemente se aferre a las relaciones de dependencia que caracterizaron al pasado colonial. Y desde la perspectiva antillana, donde la isla se convierte en el espacio

¹² Para mayor información sobre la “no soberanía”, ver Godfrey Baldacchino y David Milne (2008), así como el trabajo de la antropóloga Yarimar Bonilla sobre el Caribe no soberano (2011).

para romper la conexión naturalizada entre la insularidad y la soberanía, pueden surgir nuevas definiciones de un sujeto no soberano que ofrezcan oportunidades literarias y culturales para un mayor desarrollo los *American studies* transnacionales reimaginados.

Fuentes

AIKAU, HOKILANI K.

2012 *A Chosen People, A Promised Land: Mormonism and Race in Hawai'i*. Mineápolis: University of Minnesota Press.

BALDACCHINO, GODFREY y DAVID MILNE, eds.

2008 *The Case for Non-Sovereignty: Lessons from Sub-National Island Jurisdictions*. Nueva York: Routledge.

BAPTIST MISSIONARY MAGAZINE

1984 “Protestant Missions in the Pacific Islands”, *Baptist Missionary Magazine* (octubre): I.

BENÍTEZ-ROJO, ANTONIO

1996 *The Repeating Island: The Caribbean and the Postmodern Perspective*, 2ª ed., trad. por James E. Maraniss. Durham: Duke University Press.

BONILLA, YARIMAR

2011 “Non-Sovereign Futures? Caribbean Politics in the Wake of disenchantment”, ponencia presentada en el Carter G. Woodson 30th Anniversary Symposium African American & African Studies at Work in the World, que se llevó a cabo en la Universidad de Virginia en abril.

BRICKHOUSE, ANNA

2008 “Hemispheric Jamestown,” en Caroline F. Levander y Robert S. Levine, eds. *Hemispheric American Studies*. New Brunswick: Rutgers University Press.

BRITTON, CELIA M.

1999 *Edouard Glissant and Postcolonial Theory: Strategies of Language and Resistance*. Charlottesville: University of Virginia Press.

DAWSON, EDWARD WALTER

1886 *The Isles of the Sea*. Hartford, Connecticut: Betts.

DIMOCK, WAI CHEE

2006 *Through Other Continents: American Literature Across Deep Time*. Princeton: Princeton University Press.

2002 "Our America", en *Selected Writings*, trad. por Esther Allen. Nueva York: Penguin, 53-66.

DRAKE, JAMES D.

2011 *The Nation's Nature: How Continental Presumptions Gave Rise to the United States of America*. Charlottesville: University of Virginia Press.

DUFFY BURNETT, CHRISTINA y BURKE MARSHALL

2001 "Between the Foreign and the Domestic: The Doctrine of Territorial Incorporation, Invented and Reinvented", en *Foreign in a Domestic Sense: Puerto Rico, American Expansion, and the Constitution*. Durham: Duke University Press.

FLUCK, WINIFRED

2011 "A New Beginning? Transnationalism", *New Literary History* 1, no. 42 (verano): 381.

FOUCAULT, MICHEL

2003 "*Society Must Be Defended*": *Lectures at the College de France, 1975-1976*, trad. por David Macey. Nueva York: Picador.

GILROY, PAUL

1993 *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*. Massachusetts: Harvard University Press, 99-103.

GLISSANT, ÉDOUARD

1997 *Poetics of Relation*, trad. por Betsy Wing. Detroit: University of Michigan Press.

GLOVER, KAIAMA L.

2010 *Haiti Unbound: A Spiralist Challenge to the Postcolonial Canon*. Liverpool: Liverpool University Press.

GOUDIE, SEAN X.

2006 *Creole America: The West Indies and the Formation of Literature and Culture in the New Republic*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.

GUNN, GILES

1987 *The Culture of Criticism and the Criticism of Culture*. Nueva York: Oxford University Press.

HALL, H. LARK

1994 *V.L. Parrington: Through the Avenue of Art*. Kent: Kent State University Press.

HATZENBERGER, ANTOINE

2003 "Islands and Empires: Beyond the Shores of Utopia", *Angelika: Journal of the Theoretical Humanities* 1, no. 8 (abril): 119.

HOWE, K.R.

2003 *The Quest for Origins: Who First Discovered and Settled the Pacific Islands?* Honolulu: University of Hawai'i Press, 36-41.

IANNINI, CHRISTOPHER

2012 *Fatal Revolutions: Natural History, West Indian Slavery, and the Routes of American Literature*. Chapel Hill: Omohundro Institute and University of North Carolina Press.

JAMES, C.L.R.

1973 *Modern Politics*. Detroit: Bewisk.

KAPLAN, AMY

2002 *The Anarchy of Empire in the Making of U.S. Culture*. Cambridge: Harvard University Press.

1998 “Manifest Domesticity”, *American Literature* 1, no. 70 (septiembre): 583.

LAMMING, GEORGE

1984 *The Pleasure of Exile* [1960]. Nueva York: Alison and Busby.

LEWIS, MARTIN W. Y KAREN WIGEN

1999 “A Maritime Response to the Crisis in Area Studies”, *Geographical Review*, no. 89 (abril): 162.

LIONNET, FRANÇOISE

2011 “Cosmopolitan or Creole Lives? Globalized Oceans and Insular Identities,” en *Profession*. Estados Unidos: The Modern Language Association of America, 27-28.

2008 “From Continents and Archipelagoes to Creolized Solidarities”, *E Pluribus Unum PMLA* 123 (abril).

MARTÍNEZ SAN MIGUEL, YOLANDA

2011 “Archipelagos de ultramar: Studying Spanish Colonialism in the Phillipines and the Caribbean”, ponencia presentada en la Caribbean Philosophical Association, Rutgers University, New Brunswick.

MARX, LEO

1967 *The Machine in the Garden: Technology and the Pastoral Ideal in America* [1964]. Nueva York: Oxford University Press.

MIGNOLO, WALTER

2000 *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking*. Princeton: Princeton University Press.

OXFORD DICTIONARY

1989 “Insular”, en *Oxford Dictionary*, 2ª ed. Oxford: Clarendon Press.

PAINE SLAUGHTER, THOMAS

2001 *Common Sense and Related Writings*. Boston: Bedford.

PARRINGTON, VERNON LOUIS

1927 *Main Currents in American Thought: Vol. 1: The Colonial Mind 1620-1800*. Nueva York: Harcourt.

PEASE, DONALD

2009 "Re-thinking 'American Studies after US Exceptionalism'", *American Literary History* 1, no. 21 (primavera): 19.

PRATT GUTERL, MATTHEW

2011 "Areas of Concern: Area Studies and the New American Studies", *Alif: Journal of Comparative Poetics*, no. 31: 11-34.

2008 *American Mediterranean: Southern Slaveholders in the Age of Emancipation*. Cambridge: Harvard University Press.

PUBLICATIONS OF THE MODERN LANGUAGE ASSOCIATION OF AMERICA (PMLA)

2010 *Publications of the Modern Language Association of America* 125, no. 3 (mayo).

PUNZALAN ISAC, ALLAN

2006 *American Tropics: Articulating Filipino America*. Mineápolis: University of Minnesota Press.

REMESEIRA, CLAUDIO IVÁN

2010 *Hispanic New York: A Sourcebook*. Nueva York: Columbia University Press.

RENDA, MARY A.

2001 *Taking Haiti: Military Occupation and the Culture of U.S. Imperialism, 1915-1940*. Chapel Hill: University of Carolina Press.

ROBERTS, BRIAN RUSSELL

2013 "Archipelagic Diaspora, Geographical Form, and Hurston's" Their Eyes Were Watching God, *American Literature* 85, no. 1 (marzo): 12.

ROBERTS, BRIAN RUSSELL y MICHELLE STEPHENS

2013 “Archipelagic American Studies and the Caribbean”, *Journal of Transnational American Studies* 5, no. 1, en <<https://escholarship.org/uc/item/52f2966r>>.

ROWE, JOHN CARLOS, ed.

2000 Introducción a *Post-Nationalist American Studies*. Berkeley: University of California Press, 2.

SHIH, SHU-MEI

2008 “Comparative Racialization: An Introduction”, *PMLA* 123 (octubre): 1349.

SMITH, HENRY NASH

1970 *Virgin Land: The American West as Symbol and Myth* [1950]. Cambridge: Harvard Univ. Press.

SOTO-CRESPO, RAMÓN

2009 *Mainland Passages: The Cultural Anomaly of Puerto Rico*. Mineápolis: University of Minnesota Press.

STEINBERG, PHILIP E.

2005 “Insularity, Sovereignty and Statehood: The Representation of Islands on Portolan Charts and the Construction on the Territorial State”, *Geografiska Annaler: Series B, Human Geography* 87 (diciembre): 253.

STRATFORD, ELAINE, ELIZABETH MCMAHON,

CAROL FARBOTKO, GODFREY BALDACCHINO y ANDREW HARWOOD

2011 “Envisioning the Archipelago,” *Island Studies Journal* 6, no. 2 (noviembre): 123-115.

TURNER, FREDERICK JACKSON

1921 *The Frontier in American History*. Nueva York: Holt.

WALD, PRISCILLA

1995 *Constituting Americans: Cultural Anxiety and Narrative Form*. Durham: Duke University Press.

WALIGORA-DAVIS, NICOLE

2011 *Sanctuary: African Americans and Empire*. Nueva York: Oxford University Press.

WENDELL, BARRET

1931 *A Literary History of America* [1900]. Nueva York: Charles Scribner's Sons.

WILSON, ROB

2000 *Reimagining the American Pacific: From South Pacific to Bamboo Ridge and Beyond*. Durham: Duke University Press.

WILLIAMS ANTHONY, ALFRED

1919 "The Whole Missioon Field", *Homiletic Review* (septiembre).

WISE, GENE

1979 "Paradigm Dramas' in American Studies: A Cultural and Institutional History of the Movement", *American Quarterly* 31 (otoño): 293-337.